

CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO:DOS TEOLOGÍAS, DOS ESPIRITUALIDADES

Spiritualité Catholique et Spiritualité Protestante. A propos de «BaptêmeEucharistie-Ministère», Etudes Theologiques et Religieuses, 59 (1984) 151-165.

ORIGEN COMÚN, PERO....

La comisión 'Fe y Constitución' del consejo ecuménico de las Iglesias ha publicado recientemente un documento titulado: "Bautismo. Eucaristía y Ministerio". Según sus autores, este escrito manifiesta que ha llegado el tiempo en el que las iglesias, desgraciadamente divididas, son capaces de llegar a acuerdos teológicos substanciales.

El documento, ha sido trabajado seriamente y en profundidad durante quince años por especialistas de las diversas iglesias tradicionales.

Nos creemos obligados a expresar sinceramente nuestra opinión sobre la validez ecuménica del texto, ya que este escrito empieza a hallar dificultades aun entre aquellos que comparten la intención de los autores.

Según nuestro entender, la dificultad radica en el problema de hallar un lenguaje que sea común, a las iglesias católica y protestante. Advertimos que, por lo que se refiere a nuestro tema, cuando hablamos de catolicismo incluimos también a los ortodoxos.

La raíz del problema ecuménico, que no queda resuelto con la lectura del texto al que nos referimos, se halla en las condiciones fundamentales de toda lectura. Un acuerdo sobre las palabras no significa siempre un acuerdo sobre el significado de las mismas.

Es necesario ir más allá de las palabras y profundizar en las raíces y en la tierra que les da vida y les comunica su auténtico significado. Este lugar privilegiado, esta realidad global de teología y piedad que alimenta el vocabulario, podría designarse a través de diversos términos, vg, "estructura mental", "sistema", "mentalidad"... pero nos parece que ninguno de ellos ofrece un haz de significados tan amplio como el de "espiritualidad". La lectura del artículo irá mostrando qué realidad expresamos cuando decimos "espiritualidad".

Es indiscutible que la teología y piedad de las iglesias católica y protestante tienen un origen común: la fe suscitada por la persona y el ministerio de Jesús de Nazaret.

Partiendo de esta realidad surge espontáneamente la pregunta: ¿por qué este común origen no ha conducido a una única espiritualidad?.

Para responder de un modo completo deberíamos hacer recurso a la historia de la Iglesia. Creemos que, para nuestro intento, basta con señalar la causa originaria de la diversificación que estudiamos.

Según nuestro entender, la raíz de la doble perspectiva se halla en el mismo evangelio, en la predicación de Jesús.

El mensaje evangélico se formuló así: el reino de Dios se ha acercado.

Ahora bien, cuando se dice que una realidad se ha acercado, la afirmación puede comprenderse de dos maneras: se puede atender al hecho de que la distancia desaparece en razón de la proximidad, o bien la atención puede centrarse en el hecho de que la realidad que se acerca no está todavía aquí.

La predicación de Jesús implica esta doble interpretación.

Por su presencia física Jesús hace, de algún modo, visible y sensible el reino de Dios: con El resuena la invitación de Dios: "¡Convertios! ¡ha llegado la hora de entrar en el Reino!".

No obstante, el anuncio del Reino no halla acogida. Ninguna señal del cielo desvela su secreto. Está aquí, pero "en misterio". Solamente puede esperarse su manifestación. La hora presente está dominada por la tensión hacia el futuro.

Se nos presentan dos polos de una realidad. El problema reside en saber si somos capaces de mantener los dos extremos de la afirmación.

La historia ha dado una respuesta a la cuestión. Catolicismo y protestantismo han privilegiado uno de los dos aspectos de la predicación evangélica en detrimento del otro.

ESPIRITUALIDAD CATÓLICA

El "ya" de la encarnación de Jesús y del Reino

La espiritualidad católica destaca vigorosamente que el reino de Dios ha entrado en la historia en la persona de Jesús. El Verbo se ha hecho carne. Esto supone que la característica de la espiritualidad católica es la preponderancia que concede al hecho de la encarnación.

Para el catolicismo lo decisivo es que por su presencia física, en carne, Jesús restauró la comunión entre los hombres y el Padre. Y lo que fue realidad para los contemporáneos de Jesús sigue siéndolo para las generaciones siguientes.

A partir del tiempo de la encarnación, Dios prosigue la realización de su designio por otros medios, pero según la misma metodología.

La encarnación prosigue de modo renovado. La encarnación prolongada, continuada, es la Iglesia

Si la Iglesia es la encarnación continuada, el ministerio que ejerce procede de la lógica de la encarnación. En la espiritualidad católica la Iglesia es una institución divino-humana que está bajo la autoridad de una persona de carne y hueso, el sucesor del apóstol Pedro, vicario de Cristo, su lugarteniente; el Cristo en la tierra, como se ha llegado a decir.

La tarea de la Iglesia es la de dispensar las riquezas depositadas en ella por el Hijo de Dios. Esta tarea la realiza según la dinámica de la encarnación original, a través de medios visibles, sensibles, que inscriben en el espacio la voluntad de presencia de Cristo en su cuerpo: se trata de los sacramentos.

La Iglesia puede y debe proseguir el ministerio de Cristo encarnado ya que posee unos medios de salvación instituidos por el mismo Jesucristo y que se transmiten en la Iglesia de modo ininterrumpido.

La dinámica de la encarnación permite y exige la afirmación de la existencia, desde el origen de la Iglesia, de esta sucesión ininterrumpida del poder propio del sacerdocio.

De ahí se deduce la importancia del sacramento del orden, que asegura al sacerdocio su doble cualificación: por una parte le dispone para enseñar al margen del error, por otra le cualifica para hacer presente el Cuerpo de Jesucristo. Así la encarnación conserva esta actualidad inagotable que comunica al fiel el gozo profundo de recibir el cuerpo de Cristo.

ESPIRITUALIDAD PROTESTANTE

El "todavía no del todo de la encarnación de Jesús y del Reino

La espiritualidad protestante, como la católica, arraiga en el acontecimiento que constituye la intervención redentora de Dios en Jesucristo. Dios ha venido a encontrar al pecador en su humanidad: el Logos se ha hecho carne. Pero el tiempo de la encarnación no ha conducido a la llegada del reino de Dios. Jesús, por su palabra, ha sembrado una semilla que desarrolla sus virtualidades en el decurso de los tiempos hasta la cosecha final; hasta la manifestación del Reino.

En el tiempo que nos separa del advenimiento glorioso del Reino la historia conoce solamente signos del mismo y no se puede identificar ningún lugar, objeto, ni momento, en los que se realice en verdad el Reino.

La tarea de los discípulos es el anuncio del Reino, la proclamación del designio de Dios, encarnado en Jesucristo.

La ausencia de la persona física de Jesús no pone término a la predicación del evangelio. Ausente en el cuerpo, la predicación de su evangelio lo hará presente, no a través de la persona física de los enviados, sino a través de la predicación que confronta a los auditores con el Señor.

El tiempo de la Palabra

Así, al tiempo de la encarnación sucede el tiempo de la palabra. La espiritualidad protestante desarrolla las implicaciones de este tiempo de la palabra.

La expresión "palabra de Dios" designa a la vez la palabra que Dios pronuncia y la palabra pronunciada por los hombres que comunican aquello que han oído del Señor.

Decir que Dios habla es expresar la certeza de que Dios establece con su creatura una relación personal y dialógica.

Decir "palabra de Dios" designa también la sagrada escritura; a través de ella se realiza la renovada interpelación que Dios dirige a la persona.

La espiritualidad protestante reposa sobre esta doble certeza: Dios habla y habla por la Escritura. Esta espiritualidad se estructura a través de la lectura y escucha de la palabra de Dios.

El tiempo del Espíritu

La palabra del testigo de Jesús hace presente al Señor en el oyente interpelado por su mensaje. Esta espiritualidad reconoce en el Espíritu Santo al agente profundo del testimonio. El Espíritu es el que inspira a hablar y el que da eficacia a la palabra.

Así, después de la época de la encarnación viene la época del Espíritu por el cual el Señor ejerce su autoridad en el cuerpo eclesial.

Las palabras humanas vinculadas a las palabras de Cristo serán recibidas por el pueblo de Dios a través de la acción del Espíritu. Aquel que nos habla nos espera y nos introduce en su amor y en su comunicación.

La espiritualidad protestante confiesa que el camino que conduce al conocimiento y a la comunión con el Dios de Jesucristo pasa por la Escritura. Por eso busca las mejores condiciones para comprender y acoger la Palabra.

Este interés se manifiesta en la reivindicación de lo que se denomina "el libre examen".

El "libre examen"

"Libre examen" significa exactamente lo contrario de un examen que dejaría al lector libre frente a lo que lee. Se trata de salvaguardar la autoridad de Dios sometiéndole toda otra autoridad.

El libre examen no es un examen en el que se pretenda agotar el significado de un texto por su mera lectura individual. Esta pretensión resulta absurda ya que supone que el lector es capaz, por sí solo, de agotar el significado de un texto y cae en el error de creer que un texto solamente puede tener una única significación.

El libre examen es una condición de sinceridad. Pero la sinceridad no es intolerante; concierne a mi convicción, pero no garantiza que mi convicción sea adecuada, ni que sea la única adecuada. El lector protestante de la Biblia considera que debe estar abierto a toda opinión sinceramente apoyada en la Escritura; no para aceptarla ciegamente sino para examinarla libremente junto con aquel que la expone sinceramente.

Así se mantiene la unidad entre los hermanos que hacen una lectura diferente de la Biblia. La unidad sólo puede ser fruto del amor. Y aquí se trata del amor al prójimo.

En esta situación se puede llegar a un comportamiento incomprensible para la razón racionalista. Se llega a la admisión de verdades que no son plenamente coincidentes. La espiritualidad protestante no ve aquí una dificultad insuperable. Admite que ninguna lectura humana agota la verdad del texto. Admite el hecho de la pluralidad, pero esto no le impide orar para que se descubra una verdad superior en la que las diferencias queden superadas e integradas.

La Fe como diálogo personal

La espiritualidad protestante sitúa la vida del creyente en una perspectiva personalista. La vida de Fe es respuesta a la interpelación.

Por esto el protestante alimenta una vigilancia cuidadosa hacia todo lo que pueda despersonalizar su vida de Fe. De ahí su recelo ante la repetición de palabras o de gestos, de ahí su prevención ante la seducción de una estética que puede amenazar el compromiso personal.

Pero esta perspectiva personalista no le lleva a rechazar la realidad sacramental. Únicamente le conduce a evitar que el sacramento sustituya el diálogo personal con la palabra de Dios escuchada en la Escritura. Subraya que el sacramento no actúa como una medicina que introduce en el organismo una sustancia vivificante.

La espiritualidad protestante reconoce en la celebración del sacramento el lugar y el tiempo en el que Cristo realiza su promesa de estar entre los suyos en comunión con ellos.

Toda celebración sacramental es una invitación a un encuentro con aquellos a los que se ha dirigido la misma llamada. Esta realidad sacramental da *forma* visible a la Iglesia construyendo, por la multiplicidad de sus miembros, el único cuerpo de Cristo.

Desde esta perspectiva, el sacramento no es visto como introduciendo al fiel en un "estado" nuevo sino que permite el advenimiento de una situación nueva: la condición filial del pecador. La espiritualidad protestante da así al cristianismo la conciencia de ser a la vez "justo", porque Dios lo ha acogido gratuitamente en su presencia, y "pecador" porque todavía no ha respondido a las obligaciones de su condición.

Fe y Escritura

Puesto que esta es la condición de la espiritualidad protestante se comprende que el papel de la Fe sea en ella tan determinante como el de la Escritura.

La *sola fide* acompaña necesariamente la *sola scriptura* como el aspecto subjetivo personal acompaña al aspecto objetivo en la acción salvadora de Dios. El designio salvífico de Dios, que se conoce por la Escritura, es acogido por la sola Fe. Se espera su

realización por la sola fidelidad de Dios, excluyendo toda pretendida cooperación piadosa.

Dos tipos de espiritualidad: Abraham y Moisés

En la Escritura, bajo el contraste de dos figuras, hallamos la ilustración de los dos tipos de espiritualidad que hemos esbozado. Las personas-tipo son Abraham y Moisés.

Abraham, el protestante

Abraham es la persona a quien la palabra de Dios sorprende de modo imprevisto y conduce por caminos impensados.

Tiene que confiar plenamente en Dios que le arranca de su pasado y le conduce a su futuro desconocido. Deberá recibir día a día aquello que constituye su presente. Deberá vivir de la Fe en cada momento.

Se le promete una posteridad. Cuando pretende ser cooperador de este don prometido por Dios, le sobreviene el fracaso y la confusión: el hijo que nacerá de su unión con Agar no será el hijo de la promesa.

La promesa se realizara como un don, no como, una posesión. Abraham se ve enriquecido con un hijo, Isaac, pero no se ha convertido en capitalista de la gracia. Todo viene de Dios. Todo es futuro para Abraham. Su existencia es escatológica.

En la espiritualidad de Abraham no es difícil reconocer una analogía con la espiritualidad protestante: el lugar fundamental de la Palabra, el papel de la promesa, la cual nunca puede asirse como una realidad codificada. Todo ello está en la línea del *semper peccator, semper justus* de los teólogos reformados.

Moisés el católico

La distancia entre Abraham y Moisés es significativa. Mientras que en el hombre que viene de Ur de Caldea todo es discontinuidad y ruptura, la obra de Moisés consiste en organizar la continuidad.

El punto de partida de Moisés es un hecho sensible, que inscribe la trascendencia en lo concreto, en lo visible, en el espacio. El Dios de Moisés desciende hasta el pueblo del que ha visto la miseria. Se revela en una zarza que arde sin consumirse.

Es un Dios a la vez accesible a los sentidos y totalmente extraño a cualquier limitación sensible.

En la zarza su presencia es real, pero irreductible a la materialidad: permanece misterioso. Se hace presente en la montaña, pero pasa sin mostrar su rostro. Manifiesta su nombre a Moisés, pero este nombre permanece enigmático. Se hace presente, pero no se confunde con aquello que hace conocer su presencia.

A través de Moisés, Dios no es solamente el Dios que habla sino el Dios del que se habla. Moisés esboza una reflexión sobre el objeto de la Fe; procura plasmar en palabra objetiva el conocimiento íntimo e inmediato de Dios.

Esta palabra permite a Moisés reunir a un pueblo unificado en una fe común: constituye a este pueblo en "asamblea santa, sociedad de creyentes."

Para que este pueblo esté constituido como pueblo de Dios le da una legislación a fin de que viva según la voluntad de Dios. Gracias a la obediencia de esta ley, Dios habita en medio de los hijos de Israel.

Dios habla a Moisés y por mediación de Moisés el pueblo conoce lo que el Señor le dice.

No es difícil relacionar la espiritualidad católica con la de Moisés: inserción en lo concreto, en el espacio; presencia misteriosa de Dios y función de los signos visibles de esta presencia; constitución de un pueblo, de una sociedad; mediación de aquel que tiene la responsabilidad, en orden a dar a conocer la voluntad de Dios; promulgación de un código normativo.

Como raíz y fundamento de todo esto, una realidad: Dios ha bajado para salvar a su pueblo y para habitar en su seno: anticipación de la encarnación.

Más allá de las dos espiritualidades

La constatación que acabamos de hacer al evocar las figuras de Abraham y Moisés nos permite pensar que los dos tipos de espiritualidad que hemos descrito no corresponden exclusivamente a la realidad de la fe cristiana. Esto nos plantea la pregunta sobre la razón de la permanencia de estas dos espiritualidades en circunstancias y en épocas tan diferentes.

No podemos dar una respuesta segura a esta cuestión. Pero nos parece que desempeña aquí un papel importante la limitación que la naturaleza humana impone a toda captación. Recordemos aquí la prudente declaración de San Pablo: "Ahora vemos como en un espejo y de manera confusa... ahora mi conocimiento es limitado..."

Nuestra pregunta es: ¿ilimitado por qué?. Para ensayar una respuesta observamos nuestras reacciones ante aquello que solicita nuestra atención. La reacción puede ser doble; en un caso el acento se pone en el sujeto que percibe; en otro, el acento subraya el objeto percibido.

Acento sobre el sujeto o sobre el objeto

Afirmar que el acento se sitúa en el sujeto equivale a decir que lo que en definitiva importa es aquello que el sujeto retiene del mundo exterior, el eco o impacto del objeto sobre el sujeto. El objeto, de algún modo, ha entrado en el sujeto; ha sido asimilado.

Si, por el contrario, el acento se pone sobre el objeto, el movimiento es inverso. El sujeto queda, en alguna manera, absorbido por el objeto.

Pensamos que la diversidad de estas reacciones está en gran parte condicionada por el carácter de las diversas personas.

Hay sujetos en los que tienen primacía las realidades internas, son personas orientadas hacia el interior. De modo correlativo hay personas cuyas reacciones tienden a asegurar la primacía del objeto; son sujetos orientados hacia el exterior.

Esta distinción, fácilmente verificable, no debe absolutizarse. En cada persona coexisten, en cierta medida, las dos vertientes. Muchas veces son las circunstancias las que llevan a manifestar un aspecto de la personalidad con preferencia a otro.

Dos reacciones ante la encarnación del Logos

A partir de estas constataciones se puede prever que la afirmación joánica sobre la encarnación del *Logos* engendrará dos tipos de reacciones.

Para unos el acento estará situado en la afirmación de que la palabra de Dios entra en diálogo con los hombres. La Palabra penetra el núcleo de la persona, su ser interior queda directamente comprometido. Lo que importa es la apertura al diálogo.

Para otros, que atienden más a la realidad exterior, el hecho importante es que la Palabra se ha convertido en realidad histórica, sensible. El hecho concreto capta su atención.

La ambivalencia de la predicación evangélica favorece estos desarrollos diversos.

Un talante será sensible al Reino, que viene, que hay que esperar con una tensión interior sostenida. Imposible fijar el lugar o el momento de su advenimiento; imposible decir: está aquí o allí; esto sería objetivar el Reino y esclerotizar la Fe.

Para otro, más extrovertido, el Reino ya se ha manifestado; se ha hecho visible, aunque en misterio, en la institución de la Iglesia; se ha hecho sensible, misteriosamente, en el sacramento.

Para el primer caso, la obediencia a Jesucristo se presenta como el fruto de una íntima persuasión que se ha ido formando en la escucha de la Escritura, como palabra interior, imperativa, que expresa un juicio de verdad.

En el segundo caso, la obediencia a Jesucristo es el fruto de la íntima convicción de que la jerarquía de la Iglesia tiene autoridad para decir dónde está la verdad y para exigir un sometimiento.

CONCLUSIÓN

Una lección de pluralismo

El rápido esbozo que hemos presentado sobre el doble tipo de espiritualidad, pretende mostrar que existe un obstáculo radical que impide la redacción de un texto que responda al mismo tiempo a las exigencias de la espiritualidad protestante y católica.

Debemos evitar una doble tentación satisfacernos con un lenguaje ambiguo en beneficio de una falsa paz; o bien silenciar ciertos puntos especialmente difíciles de tratar por ambas partes. La diplomacia política puede utilizar estos caminos, pero no existe una diplomacia teológica.

Esto no obstante, aunque protestantes y católicos no podemos decir lo mismo, estamos hablando de la misma realidad. Nuestras diferencias no deben hacernos olvidar que bebemos de la misma fuente.

Nuestros caminos hacia Jesucristo no coinciden plenamente, pero esto no significa que se excluyan. Más bien deberíamos discernir en qué grado se complementan.

Esto significa que los católicos deben estar dispuestos a reconocer la legitimidad de la espiritualidad protestante; y a su vez los protestantes deben aceptar la legitimidad de la espiritualidad católica.

Esta actitud positiva de cada grupo respecto al otro presupone ciertas matizaciones.

Tanto en el campo católico como en el protestante existen elementos sobre los que no es posible dar un juicio positivo. El subjetivismo de los protestantes ha conducido a excesos; el objetivismo de los católicos ha llevado a situaciones negativas.

Catolicismo y protestantismo han producido a menudo frutos detestables. Deben humillarse y convertirse. Pero estos frutos negativos no permiten juzgar la calidad del árbol. No podemos tomar todas las manifestaciones de la espiritualidad católica y protestante como expresión auténtica de cada una de ellas.

Coexistencia auténtica y crítica

La coexistencia de las dos espiritualidades debe ser pacífica. Cada una debe ser fiel a sí misma, con una voluntad de autenticidad que no excluye la crítica; una crítica bienhechora que ayuda a compensar el lastre de la existencia histórica. No todo lo antiguo es válido.

Esta fidelidad crítica contribuye a distinguir, en la expresión de la fe, la significación primera de las palabras y el significado profundo del enunciado. Conduce a tomar en serio lo que Juan XXIII recordaba en la apertura del concilio: "Una cosa es la sustancia de la doctrina contenida en el depósito de la fe, y otra cosa es la forma de la que está revestida". Esto contribuye a llevar a la práctica la distinción entre lo esencial y lo accesorio, según precisión propuesta por el mismo concilio cuando se refirió a una jerarquía de doctrinas.

La coexistencia pacífica y crítica de estas espiritualidades sólo puede hacerse si se habla a partir de la Escritura y en sumisión a su autoridad reconocida en común.

Si se persevera en el estudio y en la escucha de la Escritura, entonces las dos espiritualidades manifestarán su complementariedad. Podrán superar las inercias de los aparatos eclesiales y de los teólogos oficiales.

Entonces el Espíritu Santo concederá a la Iglesia la gracia de vivir en la unidad la cual asumirá la diversidad de sus miembros en vistas a la edificación común.

Tradujo y extractó: ANTONI M. TORTRAS